

EL TICKET.

La caÑAda
Parrilla argentina
Sagasta 6 Pto de sagunto
Tel. 96 2684216
30-09-2008

Provoleta	6.00
Ensalada pampera	8.00
Entraña	12.00
Muslo parrilla	9.00
Cune joven	13.50
Volcán	4.00
TOTAL	57.00
METÁLICO	57.00

Nota del autor:

El director podrá y tendrá que decidir el número de actores que participarán en el montaje. Puede hacerse con un único actor/actriz . O cien. La didascalia es, sin duda, la protagonista indiscutible y como tal será tratada por actores y director.

El otro protagonista es *el ticket*, realmente, único texto de toda la obra.

Espacio escénico repleto, a rebosar, de mucha imaginación.

1.

Suicida

Un suicida.

Sobre la mesa de la cocina deposita tres frascos de pastillas. Coge una cuerda, hace un lazo y la ata a una viga del techo. Abre la puerta del horno y acciona la llave del gas. Va al baño, se lava los dientes, se mira en el espejo y se quita las lentillas. Busca su cuchilla de afeitar. No la encuentra. Vuelve a ponerse las lentillas. Busca de nuevo, ahora sí. Vuelve a quitarse las lentillas. Regresa a la cocina con la cuchilla de afeitar. Abre un cajón y busca papel y lápiz. No los encuentra. Abre varios cajones. Lo revuelve todo. No los encuentra. Regresa al cuarto de baño. Se pone las lentillas. Regresa a la cocina. Abre todos los cajones buscando papel y lápiz. No los encuentra. Deambula por toda la casa buscando un trozo de papel y algo con lo que escribir. No encuentra nada. Toda la casa empieza a oler a gas, debe darse prisa. Vuelve al baño. Hace pis. Regresa a la cocina. Abre la nevera y bebe agua. Se atraganta. El agua se le ha ido por el otro lado. Tose y escupe agua. Vuelve al baño. Se quita las lentillas. Regresa a la cocina. Se sube a una silla. Se baja de la silla y mete el agua en la nevera. Abre un frasco de pastillas y coge un puñado. Deja el puñado de pastillas sobre la mesa. Abre la nevera y saca la botella de agua. Vuelve al baño. Se pone las lentillas. Regresa a la cocina. Abre la nevera, mete la botella de agua y saca una coca-cola. Bebe coca-cola. El olor a gas es insoportable. Coge la cuchilla de afeitar y, al hacerlo, se corta en un dedo. El corte es profundo, le sale bastante sangre. Abre el grifo de la cocina. Mete el dedo debajo. Un rato. Después lo envuelve con un trapo. Al ver la sangre en el trapo se marea. Vuelve al baño. Deja la cuchilla de afeitar sobre el lavabo. Se mira en el espejo. Se lava la cara. Busca una tirita. La encuentra. Se la pone en el dedo. Se quita las lentillas. Regresa a la cocina. El olor a gas es tan fuerte que le hace toser. Tose mucho. Hasta ponerse rojo. Hasta llorar. Cierra la llave del gas. Abre la ventana de la cocina. Poco a poco deja de toser. Vuelve al baño. Se lava la cara. El agua está fría. Se pone las lentillas. Regresa a la cocina. Ya no huele a gas.

En la puerta de la nevera encuentra un rotulador con imán. Lo coge. Le quita la tapa. No pinta, la punta está seca. Le quita la tapa de atrás. Con la boca. Se mancha la cara de tinta. Vuelve al baño. Se lava la cara. La tinta no sale. Se quita las lentillas. Busca una botella de alcohol. No la encuentra. Se pone las lentillas. Busca la botella de alcohol, ahora sí. Se quita las lentillas. Se limpia la cara con alcohol. La mancha se va. Regresa a la cocina. Coge el rotulador y lo tira por la ventana. Cierra la ventana. Abre la ventana. Mira afuera. Cierra la ventana. Vuelve al baño. Se pone las lentillas. Regresa a la cocina. Abre la ventana. Mira afuera, ahora sí. El rotulador se ha quedado en el alféizar de la ventana de su vecina. La del segundo. Segundo A. Él vive en el Tercero. Tercero B. Enfrente y arriba. Su vecina le saluda. Él se asusta y se esconde. Tarde, le ha visto. Cierra la ventana. Vuelve al baño. Se quita las lentillas. Regresa a la cocina. Se sube a la silla. Se baja de la silla y abre la ventana. Su vecina le saluda. Él se esconde. Tarde, le ha visto. Cierra la ventana. Vuelve al baño. Se pone las lentillas. Regresa a la cocina. Abre la ventana. Su vecina ya no está. Se ha llevado el rotulador. Vaya. Cierra la ventana. Vuelve al baño. Se quita las lentillas. Regresa a la cocina. Se sube a la silla. Se pone la cuerda alrededor de su cuello. Salta de la silla.

Se ahoga. Se ahoga. Se ahoga. ¡Se ahoga!

Con los pies de puntillas alcanza el suelo. Respira hondo. Se quita la cuerda del cuello. Vuelve al baño. Hace pis. Se pone las lentillas. Regresa a la cocina. Se sube a la silla. Acorta el lazo de la cuerda. Se baja de la silla y bebe coca-cola. Recoge las pastillas de la mesa de la cocina. Una a una. Una a una. Una a una. Ya las tiene. Antes de tragárselas le entra hipo. Hip. Vuelve al baño. Hip. Se quita las lentillas. Hip, hip. Aguanta la respiración. Un rato. Hasta ponerse rojo. Hasta llorar. No aguanta más. Suelta el aire. El hipo no se le va. Hip. Se pone las lentillas. Hip. Regresa a la cocina. Hip, hip. Abre la nevera, saca una botella de agua. Hip, hip. Bebe agua tapándose la

nariz. No funciona. Hip, hip, hip, hip. Vuelve al baño. Hip. Coge la cuchilla de afeitarse del lavabo. Hip. Se corta en otro dedo. Es un corte profundo, le sale sangre. Bastante sangre. Se mira el dedo ensangrentado.

Se marea. Se marea. Se marea. ¡Se marea!

Se cae y se golpea la cabeza contra el lavabo. Duele. A duras penas consigue levantarse y poner el dedo debajo del grifo. Mete toda su cabeza debajo del grifo. El agua está fría. Envuelve su dedo en una toalla, su pelo empapado chorrea mojando el suelo. Seca el suelo con la toalla envuelta en su dedo. En el suelo descubre que ya no tiene hipo. Vaya. Busca una tirita. La encuentra. Se la pone en el dedo. Se quita las lentillas. Regresa a la cocina. Abre la puerta del horno y acciona la llave del gas. Recoge las pastillas de la mesa de la cocina. Una a una. Una a una. Una a una. Ya las tiene. Se sube a la silla. Se pone la cuerda alrededor de su cuello. Cierra los ojos. Con la mano que le queda libre busca algo en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Un pantalón de pana marrón algo desgastado por el uso. Abre los ojos. Saca un papel. Es un ticket. Le cuesta leerlo, sin lentillas. Piensa en bajarse de la silla, ir hasta el baño, volver a ponerse las lentillas, regresar a la cocina, subirse a la silla y leer, ya sin esfuerzo, el ticket. Pasa. Se traga las pastillas, a palo seco. Se atraganta y tose. Tose mucho. Hasta ponerse rojo. Hasta llorar. Termina de leer el ticket, no sin esfuerzo. Cierra los ojos. Salta de la silla.

Se ahoga. Se ahoga. Se ahoga. ¡Se ahoga!

Suelta el ticket. El ticket cae, lentamente, dibujando en el aire una graciosa coreografía, y aterriza suavemente en el suelo.

Veinte centímetros más arriba unos pies dejan de moverse.

2.

Sherlock Holmes
Colombo
Miss Marple
Hércules Poirot
El inspector Clouseau
Un cadáver

Un cadáver ahorcado en el centro de la cocina.

Los cinco detectives más famosos del mundo rodean el cuerpo, aún balanceante, de un joven de entre veinte y treinta años, moreno, no muy alto y con dos tiritas en sendos dedos de su mano derecha.

Observan minuciosamente cada detalle en busca de indicios, cualquier pista que pudiera ayudarles a esclarecer el desgraciado suceso.

¡Voilà! Colombo descubre en el suelo, a pocos centímetros del cadáver, un ticket. Lo lee detenidamente y en cada línea encuentra un gran motivo de satisfacción. Termina de leerlo y señala a la vecina del segundo A, abajo y enfrente, como la única culpable del asesinato del joven.

Miss Marple, contrariada, le arrebató el ticket al inspector, vuelve a leerlo y descubre en él claras evidencias de que la vecina del segundo A no es la culpable. El joven ha sido asesinado por el ama de llaves.

Hércules Poirot, el famoso detective belga, no puede estar más en desacuerdo con sus colegas. Lee de nuevo el ticket demostrando con cada palabra que el asesino no es otro que el jardinero.

Holmes ríe divertido las ocurrencias de sus compañeros. ¡Están tan equivocados! Aburrido, lee con cierta desgana el ticket y, elemental como el queso del mismo nombre, acusa a la cocinera como autora material del macabro crimen.

El inspector Clouseau, algo separado del resto, estudia el ticket con detenimiento. Lo lee. Dos veces. Observa el cadáver del joven. Vuelve a leer el ticket. Mira a sus colegas. Y estudia otra vez el ticket. No tiene ni la más mínima idea de quién ha sido el asesino. A él le parece que el joven se ha suicidado, sin más, pero no está seguro, no lo tiene claro, además, ¿cómo va a contradecir a los detectives más famosos del mundo? ¿Cómo va a decirles que aquello no ha sido un crimen? ¿Un suicidio? Un suicidio es algo tan aburrido, tan vulgar, tan deprimente. Un suicidio, dónde va a parar, no resulta tan interesante como un asesinato. Un suicidio es un caso menor, un caso sin culpables, sin condena, sin sentido. En cambio un asesinato... un asesinato ya son palabras mayores. Así que el inspector sentencia, sin pestañear, sin pruebas y sin ninguna base legal, científica o de cualquier otro tipo, que el cruel asesino del joven no es otro que el mayordomo.

Y como el mayordomo siempre es el culpable, todos deciden dar por resuelto el caso e irse un rato a descansar antes de que sirvan el té de las cinco.

3.

Grupo de amigos

Camarero nuevo

Un grupo de amigos ha terminado de cenar y piden la cuenta. El camarero es nuevo, se confunde de número de mesa y les entrega el ticket de la mesa de al lado. Una mesa de dos comensales. Entre risas, los amigos leen el ticket comprobando que el importe del mismo no cubriría ni una décima parte de lo que han cenado. Todos piensan que tendrían que avisar al pobre camarero de su error, sin embargo hay uno que cree lo contrario. Si el camarero se ha equivocado, ah, mala suerte. Mala suerte para él y buena para ellos. Tras un corta pero intensa discusión deciden por unanimidad pagar el ticket equivocado y marcharse de allí lo antes posible, antes de que alguien descubra el lamentable error. Al terminar el día y hacer la caja el maître descubre el error y despide al camarero nuevo. Como finiquito le entrega el ticket de la discordia, un ticket que el joven se guarda en el bolsillo izquierdo de su pantalón de pana marrón. Un pantalón de pana marrón algo desgastado por el uso. El joven sale del restaurante. Otra vez sin trabajo. Otra vez en la calle. Otra vez. ¿Qué le dirá a su mujer cuando llegue a casa? ¿Y a su hijo?

4.

Dios

Satanás

Maître

Como cada jueves, Dios y Satanás se encuentran en la puerta del restaurante argentino La Cañada. Se saludan cordialmente y entran. Atraviesan el salón-comedor hasta llegar a una mesita apartada en la que un cartelito reza: RESERVADO. En la mesa contigua, un grupo de amigos discute acaloradamente. Se sientan y, sin volver a mirarse, abren sendas cartas.

Dios estudia la suya detenidamente. Hay tantos platos entre los que elegir. Y su decisión es tan importante, tan trascendental. Desde luego, pedirá una buena entrada, una ensalada y carne, pero ¿cuáles? Hay tanta variedad que no consigue decidirse.

Satanás ojea la carta de vinos. ¿Qué pedirá hoy, Rioja, algún Ribera o quizás un vino de la zona? Será un tinto, desde luego, sabe que Dios pedirá carne, siempre lo hace, y con la carne un buen tinto es lo que toca. Hoy se siente especialmente vitalista, por lo que se decide por un Cune joven.

El maître se acerca con su habitual sonrisa y su hoja de pedido en la mano. Algo nervioso y confundido, Dios escoge al azar cada uno de los platos mientras el maître, asintiendo con la cabeza, apunta presto en su libreta.

Resulta una elección tan poco arriesgada, tan aburrida y sin ningún criterio que Satanás no puede evitar pensar cómo es posible que siempre tenga que ser Dios el encargado de pedir los platos principales y no él, que sólo puede elegir el vino y el postre. Así jueves, tras jueves, tras jueves, durante ¿cuántos años? Ya ni se acuerda.

Satanás se dirige ahora al maître y le pide una botella de Cune joven. El maître asiente ostentosamente ante lo acertado de tal elección.

Satanás mira a Dios unos instantes y pidiéndole al maître que se le acerque, le susurra al oído, con una sonrisa pintada en sus labios, el postre que ha elegido para esa noche: un sencillo, dulce y contundente Volcán.

Termina la cena y el maître se acerca con la cuenta. Dios, como siempre, mira hacia otro lado. Satanás, con resignación, coge el ticket, lo relee y sacando su billetera paga la cuenta.

5.

Jesucristo

Los Doce Apóstoles

Maître

Jerusalén, año 33 d.C. Mesa rectangular de grandes dimensiones repleta de ricas viandas. Jesucristo, en el centro, hace un gesto al maître indicándole que le traiga la cuenta.

Mateo, Marcos, Lucas y Juan discuten acaloradamente sin conseguir ponerse de acuerdo en nada. Pedro, en una punta de la mesa, da buena cuenta de un muslo a la parrilla. Judas, que tiene la mirada perdida, sentado en la otra punta de la mesa, apenas ha comido un poco de ensalada pampera. El resto disfruta del postre, una gran copa de chocolate a la que los judíos del Sinaí tienen a bien llamar "volcán".

Llega el maître con el ticket y se produce un silencio ensordecedor. Los Doce Apóstoles se hacen los suecos por lo que a Jesús no le queda más remedio que coger el ticket. Suspira. Le toca pagar por todos. Como siempre.

Jesús se levanta de la mesa y, muy solemne, lee la nota. Se detiene al pronunciar el nombre de cada plato, mirando a sus pupilos fijamente, como si quisiera transmitirles una última enseñanza. Al decir "Provoleta" realmente quiere decir "Perdón". Con "Ensalada pampera" se sobreentiende "Ama al prójimo como a ti mismo". Y cuando dice "Entraña" se adivina "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Por último, Jesús sentencia "Muslo parrilla" y todos al unísono miran a Pedro que aún está repelando los huesos.

A la voz de “Cune joven” los Doce Apóstoles levantan su copa de vino y beben ceremoniosamente. Están bebiendo la sangre de Cristo. Con el “Volcán” se comen el cuerpo de Dios dulcificado.

Jesús da por terminada la cena con un contundente “Total, 57 euros”. A lo que Judas, sacando una bolsa y depositando sobre la mesa 57 monedas de plata, contesta: “Metálico, 57 euros”, o lo que es lo mismo, “Ésta la pago yo”.

6.

Rana de boca estrecha macho

Rana de boca estrecha hembra

Las ranas de boca estrecha viven en el desierto. Pasan la mayor parte de su vida en un estado de letargo bajo tierra. Las ranas del desierto sólo salen de ese estado de letargo cuando llueve.

Tras largos meses de un sol abrasador, por fin, llueve en el desierto del Sinaí. Una rana de boca estrecha macho despierta de su letargo y mira con ojos curiosos a su alrededor. Una rana de boca estrecha hembra despierta también de su letargo a pocos metros de distancia de la rana de boca estrecha macho.

Inmediatamente, ambos saben que esta lluvia durará poco, la rana de boca estrecha hembra inicia su danza de apareamiento. Con ella pretende seducir a la rana de boca estrecha macho, conseguir que le pida en matrimonio, casarse, realizar el acto sexual durante toda la noche y, finalmente, poner cientos y cientos de huevos, futuras ranitas de boca estrecha. Todo eso en apenas unos cuantos días. Antes de que en el desierto deje de llover.

La rana de boca estrecha macho, perfecto conocedor de su destino, se dispone a iniciar el cortejo a la rana de boca estrecha hembra cuando un papel, arrastrado por el viento, le golpea en la cara.

La rana de boca estrecha macho lee el papel. Es un ticket. En ese ticket descubre que hay un nuevo y maravilloso mundo que le está esperando lejos de aquel desierto. Un mundo repleto de manjares exquisitos donde seguro podrá conocer gente nueva, ranas diferentes, algo más interesantes que esa rana de boca estrecha hembra que, a su lado, le mira con ojillos de cordero degollado.

La rana de boca estrecha macho, ante el asombro de la rana de boca estrecha hembra, hace la maleta y, con el ticket en la mano, inicia un largo viaje, un viaje que le conducirá a ese nuevo y maravilloso mundo, el Puerto de Sagunto.

7.

Hombre

Mujer

El hombre llega a casa después de un largo día de trabajo. Se quita la chaqueta y la deja sobre una silla. Enciende el televisor y, tranquilamente, se dispone a tomarse una copa.

La mujer no tiene tiempo que perder. El niño está a punto de llegar del colegio y ella aún no ha terminado de hacer la comida y limpiar la casa.

La mujer recoge la chaqueta de su marido e, inconscientemente, mete la mano en uno de los bolsillos. Es lo que suele hacer con la ropa de su hijo y no puede evitar repetir mecánicamente ese gesto. Del bolsillo izquierdo de la americana de su marido, una americana de pana marrón algo desgastada por el uso, extrae un ticket que lee en silencio.

El hombre está tomándose una copa mientras ve la televisión. La mujer, algo pálida, se coloca delante de él, tapándole la visión de la pantalla. La mujer lee el ticket delante de su marido.

No es la primera vez que él le ha sido infiel pero ésta, sin duda, será la última.

Tras terminar de leer el ticket, la mujer hace una maleta apresurada y, dando un portazo, sale.

El hombre observa impertérrito el ticket que su mujer le ha dejado encima de la mesa.

8.

Rana de boca estrecha hembra

Rana de boca estrecha macho

Tras largos meses de un sol abrasador, por fin, llueve en el desierto del Sinaí. Una rana de boca estrecha hembra despierta de su letargo y mira con ojos curiosos a su alrededor.

Espera pacientemente a que a su lado despierte la rana de boca estrecha macho, pero la rana de boca estrecha macho hace un año que se fue de allí, motivada por la lectura de un profético ticket.

La rana de boca estrecha hembra comienza a llorar, desolada, cuando un papel, arrastrado por el viento, le golpea en la cara.

La rana de boca estrecha hembra lee el papel. Es un ticket. El ticket. Y entonces lo comprende todo. Su destino está escrito en él. A fuego. Hay un nuevo y maravilloso mundo que le está esperando lejos de aquel desierto. Allí podrá encontrar a la rana de boca estrecha macho, está segura, su rana de boca estrecha macho, él, ¡claro! seguro que ha sido él quién le ha enviado el ticket esperando que ella lo leyera y fuese a buscarle. ¿O quizá no?

La rana de boca estrecha hembra mira a su alrededor. El viento del Sinaí le azota en la cara. Y entonces, casi sin pensar, suelta el ticket. La rana de boca estrecha hembra observa entre curiosa y extasiada como el ticket, arrastrado por el viento, golpea en la cara de otra rana de boca estrecha macho que acaba de despertar de su letargo unos cuantos metros más allá.

9.

La otra Un hombre

Como cada jueves, la otra desnuda furiosamente a un hombre en la habitación de un hotel. Follan, casi con desesperación y, cuando terminan, el hombre se mete en el baño para darse una ducha. Se frota con ansia, debe eliminar cualquier rastro de ella, de la otra. Su olor, mezcla de perfume, sudor y sexo es tan fuerte que, sin duda, al llegar a casa le delataría. Mientras tanto, en la habitación contigua, la otra lee el ticket de la cena de esa noche. Entre pícara y divertida lo dobla por la mitad y, mirando hacia el baño, lo introduce en el bolsillo lateral izquierdo de una americana de pana marrón algo desgastada por el uso.

10.

Rana de boca estrecha macho

Después de 29 días de viaje deja de llover en el desierto del Sinaí. La rana de boca estrecha macho prosigue su camino bajo un sol abrasador. Tres días más tarde, exhausto, la rana de boca estrecha macho, cae desfallecido. Sabe que va a morir, que nunca conseguirá llegar vivo al Puerto de Sagunto así que, apesadumbrado y casi sin fuerzas, relee el ticket por última vez. Mientras lo hace piensa en la rana de boca estrecha hembra. Era una rana preciosa, una rana bellísima, una rana verde, una señora rana, la rana de boca estrecha hembra. La rana de boca estrecha macho muere.

El ticket abandona el cuerpo sin vida de la rana de boca estrecha macho y, arrastrado por el viento, emprende un nuevo e inquietante camino.

11.

Hombre

Mujer

El hombre llega a casa después de un largo día de trabajo.

De manera inconsciente introduce su mano en el bolsillo lateral izquierdo de su chaqueta, una americana de pana marrón algo desgastada por el uso, y, alarmado, se encuentra un ticket. ¿Qué hace ese ticket ahí? Si por casualidad su mujer lo hubiera encontrado no habría tenido ninguna excusa plausible. Cada plato hubiera sido la confirmación de su nueva e imperdonable infidelidad. La última. Ese ticket hubiera significado la sentencia definitiva de su matrimonio. Un matrimonio agonizante, sin duda, un matrimonio estancado, infeliz, pero... ¿cómo habrá llegado el ticket al bolsillo izquierdo de su americana? Él, tan cuidadoso, tan exageradamente meticuloso es incapaz de cometer un error semejante. ¿O habrá sido...? Por supuesto, mientras él estaba en la ducha. Hija de puta. Lleva meses pidiéndole que deje a su mujer y él... aún no ha tenido el valor suficiente para dar ese paso.

El hombre mira a su alrededor, observa a su mujer, su hijo está a punto de volver del colegio y, al tiempo que nota como su pulso se acelera, vuelve a introducir el ticket en el bolsillo lateral izquierdo de su chaqueta. Una americana de pana marrón algo desgastada por el uso.

12.

Padre

Hijo

Cualquier esquina de cualquier ciudad de cualquier país.

Un hombre de unos cincuenta años, cuya espesa barba le hace aparentar bastantes más, está tirado en el suelo junto a una botella de vino, un Cune joven. Está borracho. Gime, llora y balbucea palabras ininteligibles. En un descuido imperdonable, vuelca la botella de vino que se rompe en mil pedazos. Maldita sea. Hace frío, bastante frío. Su chaqueta, una americana de pana de color marrón, está rota, sucia y vieja, como él. El vino es lo único que le proporciona algo de calor. Y de compañía. Pasa gente, gente que tiene prisa, gente que mira hacia otro lado, gente como tú y como yo, que no tiene nada suelto para darle a un indigente, a un pobre borracho, gente que tiene miedo, miedo de gente como él.

Pero una persona se detiene justo delante de él. Es un joven bien vestido. ¿Bien vestido sería llevar traje y corbata? Le acompañan un par de personas tan bien vestidas como él. Se diría que son un grupo de yuppies si tal cosa siguiera existiendo. Les hace un gesto para que sigan adelante, él ya los alcanzará más tarde.

Padre e hijo se miran un instante. Uno, con ojos de borracho, el otro con ojos de reproche. El padre le tiende la mano a su hijo. Levanta la palma hacia arriba pidiéndole dinero. El hijo saca una cartera de su bolsillo y extrae un papel. Desdobla lentamente un ticket que deposita sobre la temblorosa mano de su padre y, sin mirarle a los ojos, se marcha.

El padre lee el ticket sabiendo que no volverá a ver a su hijo nunca más. Aquella cena fue testigo de su fracaso. Su último fracaso. Cada plato se ha convertido en una promesa incumplida: dejar de beber, buscar un trabajo, empezar de nuevo. Se detiene al leer Cune joven, observa a su alrededor los trozos de vidrio de la botella rota y escoge uno al azar.

El hombre de unos cincuenta años cuya espesa barba le hace aparentar bastantes más, se corta las muñecas mientras termina de leer el final de un ticket que quedará para siempre manchado de sangre y de vino.

Él es un joven bien vestido. ¿Bien vestido sería llevar traje y corbata? No sabe exactamente dónde está. Lleva conduciendo desde hace varias horas por una carretera infinita con la única compañía de un mapa descolorido y roto.

A lo lejos parece que se divise un grupo de casas, efectivamente, un cartel le indica que está entrando en lo que a simple vista parece un pueblo fantasma: La caÑAda. Pasa por delante de lo que hace ya tiempo debió de ser un restaurante argentino y lee:

Parrilla argentina

Sagasta 6 Pto de sagunto

Para el coche y entra en el establecimiento. Sin duda, aquel sitio está abandonado. El polvo se acumula por doquier y alguna rata, asustada ante la inesperada visita, decide ocultarse en la oscuridad. Se está orinando así que decide buscar los servicios. Entra en un baño destartalado y pestilente, y, mientras se alivia, observa curioso los diversos graffitis pintados en la pared que tiene delante. Justo debajo de una polla enorme puede leerse: Tel. 96 2684216, y, al lado, dentro de un corazón al que le han atravesado con una flecha: 30-09-2008.

Sale del establecimiento y se aleja con el coche de aquel extraño lugar.

Al cabo de unos minutos, se encuentra con un cartel que reza: Provoleta 6.00. Realmente está perdido, ese pueblo no le suena de nada. Mira el mapa pero no consigue situarse. A continuación otro cartel le informa que Ensalada pampera se encuentra a 8.00 ¿kilómetros? Pasa el tiempo y con el tiempo pasan los kilómetros y

no se encuentra con ninguno de esos pueblos. Lo que sí se encuentra son más carteles, cada uno de ellos con nombres de pueblos aún más extraños:

Entraña 12.00

Muslo parrilla 9.00

Cune joven 13.50

Volcán 4.00

Se hace de noche y decide detenerse para descansar. Sale del coche y mira al cielo, le rodea un manto infinito de estrellas, como se aburre, decide contarlas: 1, 2, 3... A los pocos segundos se cansa y sentencia: TOTAL 57.00

Abre el maletero de su coche y observa curioso el cadáver sanguinolento de un hombre de mediana edad. Un hombre de unos cincuenta años cuya espesa barba le hace aparentar bastantes más. Le coge la cartera y le quita todo el dinero: METÁLICO, 57.00 euros.

Se dispone a cerrar el maletero cuando observa que por la boca del cadáver asoma un trozo de papel. Lo extrae con cuidado y comprueba que es un ticket.

Lo lee.

Cuando termina de leerlo saca el cadáver del maletero. No sin dificultad, se recuesta dentro y, colocándose el ticket en la boca, se pega un tiro en la cabeza.

Abuelo

Nieto

Tanatorio, sala 3.

¿Qué hace allí? Apenas unas horas antes, vivito y coleando y ahora... No somos nadie. Y él menos que nadie. Pero tendrá que esperar, como todos, un día. 24 horas. Todo un día de exposición pública. ¡Pasen y vean! Entrada libre. Todo el que quiera está invitado. ¡Todo un día! Para ver al abuelo muerto. Él daría todo lo que tiene, ahora nada, por tomar un último trago. Toda la eternidad, su eternidad, por un solo trago. Está seco. Por dentro y por fuera, seco. Su vida se le ha secado entre litros y litros de alcohol barato. Si pudiera reír, reiría. Si pudiera gritar, gritaría. Si pudiera beber, bebería. ¿Quién es toda esa gente que le mira? No los conoce. A la mayoría. Algunos lloran. La mayoría no. La mayoría le miran con asco. Otros le odian. Sólo algunos. Necesita un trago. Daría lo que fuera por un trago. Su alma por un trago. Es un buen trato. Si tuviera alma, claro. Se la bebió, hace mucho, de un trago. De un solo trago. Ya no le queda nada. Está seco. Por dentro y por fuera, seco. Su nieto le mira. A él, a su abuelo, el gran hombre. ¿Por qué le hacen esto? ¡Todo un día! Si pudiera llorar, lloraría. Si pudiera lo haría, pero no puede. Necesita un trago. Él se muere, ironías de la muerte, por un trago. Su último trago. Ya no le queda nada. Completamente seco. Su nieto sigue allí, delante de él, mirándole. A él, a su abuelo, el gran hombre. ¡Maldita sea! Todo un día, 24 horas, expuesto como un perro en un escaparate. ¡Es ridículo! Su nieto, sin querer, sin quererlo, está allí, delante de él, mirándole. Le mira a él, a su abuelo. A ese desconocido. A ese borracho sin gracia. A ese padre sin hijos, porque él ya no tiene hijos. Se los bebió. De un trago. De un solo trago. Hace ya bastante tiempo. A ese hombre sin hogar. Sin sentimientos, sin amor, sin alma, sin un trago. A ese hombre que no ha querido a nadie. A nadie más que a él. ¿A quién iba a querer si no? A él. Por eso se bebió, a él, se bebió a sí mismo, sorbo a

sorbo, trago a trago, hasta el final. Su nieto, y dale, ¿por qué no se larga de una vez?! Sigue ahí, mirándole sin pestañear. Su nieto. Le mira a él, a su abuelo, el gran hombre. Si pudiera correr, correría, si pudiera empezar, empezaría de nuevo, otra vez, pero no puede. Si lo hiciera,... volvería a tomarse un trago y otro y otro y otro y otro. Otra vez, y otra y otra y otra y otra. Vivir para beber, beber para no vivir. Su nieto, delante de él, tan sólo derrama un lágrima. Solo una. Su nieto no está seco. No como él. Le ha regalado una lágrima. Sólo una. Ya está.

El abuelo está de pie junto a su nieto. Dentro del ataúd solamente hay un ticket. Nada más. Ya está. El abuelo mira el ticket, no necesita leerlo, se lo sabe de memoria. Plato a plato, sorbo a sorbo, trago a trago, así será, ahora y para siempre, aquella noche. Su nieto y él, su abuelo, el gran hombre. Cenando juntos. Viviendo juntos. Soñando juntos.

Pero si pudiera beber, bebería. La última lágrima de su nieto. Si pudiera, se la bebería. Si pudiera.

15.

Autónomo 1

Autónomo 2

Dos amigos, dos autónomos, terminan de comer en un restaurante argentino. Piden la cuenta, pagan y se disponen a salir cuando, cada uno de una punta, ambos se encuentran sosteniendo el ticket. Los dos lo quieren, lo necesitan para desgravarse en la declaración de la renta y no van a dejar que sea el otro el que se lo quede. Tras una oscura pelea a puñetazos, patadas y golpes, el autónomo 1 acuchilla al autónomo 2. El autónomo 1 observa a su amigo muerto, relee el ticket y, guardándoselo en la cartera, sale del restaurante.

Abuelo

Nieto

Tanatorio, sala 3.

Delante del ataúd de su abuelo, un joven bien vestido. ¿Bien vestido sería llevar traje y corbata? El joven se pregunta si alguna vez llegó a quererle. Supone que no, apenas se conocían. Su padre siempre le decía que su abuelo era un crápula. De pequeño le encantaba esa palabra, "crápula". No, definitivamente nunca quiso a su abuelo. ¿Y por qué ahora no puede dejar de mirarle? Curiosidad. Sí, será curiosidad. Resulta curioso ver un cadáver. Ahí metido, en una caja, entre coronas de flores, con ese Cristo en el que ya nadie cree encima. Un cadáver, falso durmiente, masa apacible, relajada, muerta. Hay algo extraño en un cadáver, algo frío y desolador. La cara. Su cara. La cara de su abuelo. El maquillaje le confiere un aspecto ridículo. Su abuelo, así pintado, parece una muñeca de porcelana. Tiene que irse pero no puede dejar de mirar a su abuelo, el crápula. Crápula. Crápula suena a Drácula, su abuelo, el conde Drácula, en cierto modo... vida nocturna, chupador, solitario,... crápula, al fin y al cabo, como Drácula, unido a una maldición. Tiene que dejar de mirarle y tiene que largarse de allí. Se acabó. Él nunca quiso a su abuelo y su abuelo nunca le quiso a él. Se acabó. ¿Y por qué ahora no puede dejar de mirarle? Siempre soñó con ser un crápula, como su abuelo. ¿Qué se necesita para ser un crápula? Una familia. Para abandonarla. Unos hijos. Para ignorarlos. Un nieto. Para olvidarle. ¿Podrá ser algún día como su abuelo, un auténtico, genuino y desvencijado crápula familiar? El joven, sin dejar de mirar a su abuelo, sonríe con la certeza de que jamás será como su abuelo. Él no será un crápula. Un crápula triste y mal maquillado. Sólo. Tiene que irse, pero no puede. Aún no. Un momento. ¿Qué es eso? Su abuelo tiene algo,... en la mano. Es un papel, un ticket. A duras penas consigue leerlo. Mientras lo hace, una lágrima le abandona. Sólo una. Ya está. Termina de leer el ticket y por fin deja de mirar a su abuelo. Sale de allí

apresuradamente. Los dos salen de allí, abuelo y nieto, juntos, dejando atrás, en la sala 3 del tanatorio, un ticket, un ticket nocturno, chupador, solitario,... al fin y al cabo, un ticket crápula y maldito.

17.

Condenado a muerte

Carcelero

Verdugo

El condenado a muerte disfruta de la cena previa a su ejecución. Tras terminarse todos los platos, el carcelero le acompaña, a través del corredor de la muerte, hasta la silla eléctrica. El verdugo le hace entrega de un ticket. El condenado a muerte lee por encima cada uno de los platos del ágape que acaba de tomar. Hacía tiempo que no veía uno. Un ticket. Años atrás toda su vida giraba en torno a ellos. Los tickets. Toda su vida. Los necesitaba para desgravarse en la declaración de la renta. Hubiera matado por uno. Cuando finalmente llega al total se toca el uniforme naranja buscando unos bolsillos que no tiene y se da cuenta de que no tiene dinero para hacer frente a la deuda. Entrega el ticket a su carcelero. El verdugo, resignado, -no hay nadie que hasta la fecha le haya pagado la cena-, acciona el interruptor liberando una descarga de 100.000 voltios.

18.

Batman

Robin

Maitre

Batman y Robin, disfrazados de falleras, patrullan las calles de Sagunto en busca de malhechores. Sus tripas suenan que da gusto, así que deciden parar un momento y cenar algo. Cuando terminan, descubren horrorizados que los vestidos de fallera son un disfraz excelente para atrapar delincuentes, pero no tienen bolsillos. Se han dejado la cartera en la bat-cueva. Batman se orina en las calzas y Robin, cogiendo el ticket, decide hacerle una felación al maitre para así, saldar la cuenta.

19.

Náufrago

Un náufrago, con la mirada perdida, mira al horizonte, perdido, en una playa perdida de una isla perdida en un océano perdido. Su barba infinita y unos ojos empotrados en sus cuencas delatan una larga estancia en aquel lugar, sólo, perdido. En la orilla de la playa amanece una botella de cristal con un papel dentro. El náufrago, extasiado, abre la botella y, muy lentamente, extrae la nota. La lee. Cada palabra, cada plato, le trae recuerdos de su vida antes del naufragio. De su mujer, de su hijo, de su trabajo en la fábrica. El náufrago llora como nunca jamás había llorado antes. Tras una larga pausa, mete el ticket dentro de la botella y, con todas sus fuerzas, la lanza al mar, lo más lejos que puede, esperando que la marea jamás le devuelva esa dichosa botella nunca más.

La anoréxica se sube a la báscula a sabiendas de que, diga lo que le diga esa estúpida máquina, ella sigue estando gorda. La báscula electrónica emite su veredicto en forma de ticket. La anoréxica comprueba que ha dejado de pesar kilos, ahora pesa platos de un restaurante, platos que, desde hace ya no sabe cuánto tiempo, ha dejado de pedir. La botella del goteo ya está vacía. Tras una larga pausa, mete el ticket dentro de la botella y, con todas sus fuerzas, la lanza al mar, lo más lejos que puede, esperando que la marea jamás le devuelva esa dichosa botella nunca más.

Un náufrago, con la mirada perdida, mira el horizonte, perdido, en una playa perdida de una isla perdida en un océano perdido. En la orilla de la playa amanece una botella de cristal con un papel dentro. Otra vez. El náufrago, confundido, abre la botella y, muy lentamente, extrae la nota. La lee. Otra vez. Con todas sus fuerzas, lanza la botella al mar, lo más lejos que puede pero, al cabo de unos minutos, la marea le devuelve la botella con el ticket dentro. Este juego entre la marea y el náufrago se repite varias veces. El náufrago, con la botella de nuevo en la mano, se ríe. Se ríe durante un rato. Bastante rato. Hasta que empieza a llorar. Llorar durante un rato. Bastante rato. El náufrago, con la botella en la mano, levanta la vista y ve un avión sobrevolando el cielo. Hacía años que no veía uno. Agita los brazos, lanza un ¡eh! ahogado. Nadie le ve. El avión vuela a demasiada altitud. Se sienta, de un golpe rompe la botella y entre los cristales rotos rescata el ticket. Entonces mira como el avión se aleja, ya casi ha desaparecido y se pregunta por las personas que viajan en él, ¿a dónde irán?, ¿de dónde vendrán?, ¿quién les espera? y no puede dejar de imaginar que él es una de esas personas.

22.

Pasajero 14-A

Pasajero 14-B

A consecuencia de una gran tormenta, un avión Boeing 747 se estrella en lo más alto de una cumbre nevada. De los 136 pasajeros tan sólo sobreviven 2. Tras el brutal impacto, los pasajeros de los asientos 14-A y 14-B salen despedidos del avión segundos antes de que éste estalle.

Pasan los días y nadie acude a rescatarlos. Las condiciones meteorológicas impiden un rescate seguro y, al haber pocas esperanzas de hallar supervivientes, se suspenden los trabajos de búsqueda.

El pasajero 14-A es el mejor amigo del pasajero 14-B.

El pasajero 14-B es el mejor amigo del pasajero 14-A.

Se conocen desde siempre. De niños jugaron juntos, fueron juntos al colegio y después a la universidad, estudiaron la misma carrera juntos, juntos viajaron por toda Europa, y ahora se disponían a montar un negocio también juntos.

Los pasajeros 14-A y 14-B agotan todos los víveres que han conseguido encontrar.

Pasan varios días y el hambre y el frío hacen mella en sus fuerzas. Si nadie lo remedia, pronto morirán allí los dos, juntos.

Rebuscando entre sus ropas, desesperado, buscando cualquier cosa que llevarse a la boca, el pasajero 14-A encuentra el ticket de una comida que, junto a su mejor amigo, el pasajero 14-B, compartieron el día antes de subirse a ese maldito avión. Ya casi sin fuerzas, el pasajero 14-A lee el ticket. Lo lee saboreando cada palabra, cada plato,

reviviendo junto a su mejor amigo, el pasajero 14-B, aquella última experiencia culinaria antes de la catástrofe.

El pasajero 14-A, sin aliento, termina de leer el ticket y, con lágrimas en sus ojos, le entrega a su mejor amigo, el pasajero 14-B, un cuchillo. Se miran. El pasajero 14-A abraza por última vez a su mejor amigo, el pasajero 14-B. Cuando se separan, el pasajero 14-B se ha clavado el cuchillo en sus entrañas.

Su mejor amigo, el pasajero 14-A, único superviviente del trágico accidente aéreo, prepara una hoguera.

Esa noche comerá carne.

23.

Ganadero

Vaca 1

Vaca 2

El ganadero cuida y alimenta a sus vacas con esmero. Las vacas aman en secreto al ganadero que las cuida y alimenta con esmero. De hecho, las vacas compiten entre ellas por los favores del ganadero. Caminan con presteza, intentan ensuciar lo menos posible y se acicalan cada mañana para él, para el ganadero que con tanto esmero las cuida y alimenta. Una mañana, en la granja, al ganadero se le cae al suelo un papelito. Las vacas corren como locas hasta el ticket creyendo que el ganadero que con tanto esmero las cuida y alimenta les envía una carta de amor. Leen el ticket y, a pesar de no entender muy bien lo que significa, algo en su fuero interior les hace desconfiar desde aquel mismo momento y para siempre del ganadero que con tanto esmero las cuida y alimenta.

24.

Controladora de estacionamiento

Joven

El joven mira su reloj y, resignado, sale de la sala apresuradamente. Se va a perder los últimos minutos de la conferencia de su escritor favorito. Como siempre. Con un poco de suerte quizás aún no hayan llegado hasta dónde tiene aparcado su coche. A lo lejos observa la silueta inconfundible de la controladora de estacionamiento, que deja sobre el parabrisas de su coche, un ticket. El joven corre, grita, llora y patalea, maldiciendo su mala suerte. Joder, por unos minutos. Maldita zona azul.

La controladora de estacionamiento mira al joven a los ojos, sonríe y se da media vuelta.

El joven, irritado, recoge el ticket del parabrisas y comprueba, entre sorprendido y avergonzado, que se trata del ticket de un restaurante de la zona. Sonríe.

Ya sabe lo que pedirá cuando la invite a cenar.

Pasajero 14-A

El pasajero 14-A, tras 29 días desaparecido, es rescatado con vida convirtiéndose en el único superviviente del trágico accidente aéreo. Nadie se explica cómo ha logrado sobrevivir tanto tiempo, de hecho, - aunque esto sólo lo saben su madre y él-, el pasajero 14-A ha engordado unos kilos.

Pasan los días y se suceden los actos en memoria de los fallecidos del accidente de aviación. El pasajero 14-A es condecorado con la medalla al mérito extraordinario. Le llaman de todas las televisiones, le llueven las entrevistas, le paran por la calle para pedirle autógrafos, crean un club de fans llamado Pasajeros 14-A's, inaugura discotecas, restaurantes, supermercados, colecciones de moda otoño-invierno, pub's, carnicerías, se codea con toreros, directores de cine, príncipes, banqueros, futbolistas, prostitutas de lujo, empresarios,... Pero él no es feliz.

El pasajero 14-A echa de menos al pasajero 14-B, su mejor amigo.

El pasajero 14-B dio la vida por su mejor amigo, el pasajero 14-A.

El pasajero 14-B forma ya parte del pasajero 14-A, su mejor amigo.

El pasajero 14-A aún conserva el ticket del restaurante dónde él y su mejor amigo, el pasajero 14-B, comieron juntos, -los dos, comieron los dos-, por última vez antes del desgraciado accidente. El pasajero 14-A lee el ticket. Lo lee paladeando cada palabra, cada plato. Lo lee reviviendo el placer de saborear el solomillo, las orejas, el lomo, la panceta, los higadillos, el morro, el codillo, la cara, el rabo, los glúteos, barriga, criadillas, gemelos, papada, pulmones, bazo, estómago, páncreas, riñones, ingles, cadera, dedos de las manos, dedos de los pies, espalda, cuello, muslos, rodillas,

talones, senos, axilas, hombros, intestinos, labios, mejillas, ojos, lengua, sesos, corazón de su mejor amigo, el pasajero 14-B.

¡El pasajero 14-B, mmmm qué delicia! Por algo era su mejor amigo.

Ahora, cada vez que sale a cenar, el pasajero 14-A no puede evitar mirar a toda esa gente que le rodea, a toda esa gente rolliza y succulenta que le saluda con admiración. Ya no hay plato que sacie su apetito. El pasajero 14-A saliva pensando en su nuevo compañero de mesa. Su nuevo mejor amigo.

Esa noche comerá carne.

Ganadero**Vaca 1****Vaca 2**

El ganadero cuida y alimenta a sus vacas con esmero. Las vacas aman en secreto al ganadero que las cuida y alimenta con esmero. Bueno, le amaban. Ahora no. Ya no. Eso se acabó. Desde que leyeron aquel ticket algo cambió. Para siempre. Y eso lo nota, lo siente, el ganadero. Ya no hay, lo que se dice, buen "feeling" entre él y sus vacas, las vacas que con tanto esmero cuida y alimenta. El ganadero, profundamente apenado, intenta recuperar el amor de sus adoradas vacas. Les habla con tiernas palabras, les cepilla, les limpia las pezuñas, les da de comer pastos más verdes. Pero ellas, ganado orgulloso, releen una y otra vez el ticket que se encontraron aquel día por casualidad, y su frío corazón vacuno se endurece más y más. Cada palabra de ese ticket es un reproche, un adiós, un muro infranqueable entre ellas y el pobre ganadero que las cuida y alimenta con tanto esmero. Por eso un día, con gran dolor de su corazón, el ganadero decide llevar a sus antes adoradas vacas al matadero municipal. Una vez allí, el ganadero, el amante, el don Juan despechado de amor, abrazando a sus vacas llora desconsolado. No logra entender qué ha podido pasar, cuál fue el motivo, la razón, el porqué del cambio en su relación. Las vacas apenas le dirigen al ganadero una mirada fría y distante.

Y allí, en el matadero municipal, el ganadero que cuida y alimenta a sus vacas con tanto esmero, se quita la vida.

27.

Controladora de estacionamiento

Joven

El joven y la controladora de estacionamiento terminan de cenar. Ella se ha puesto guapísima, y él, en honor a ella, se ha puesto una corbata de color azul eléctrico. Su corbata y él mismo se han convertido por esa noche en zona azul, una zona azul que ella, encantadísima, está dispuesta a controlar. El joven mira su reloj y sale del restaurante apresuradamente. Tiene que ponerle un nuevo ticket a su coche ya que, efectivamente, lo tiene aparcado en zona azul. Ella espera pacientemente el regreso del joven. Pero el joven no regresa. Después de algo más de una hora ella pide la cuenta. Mientras lee el ticket piensa en el joven, en su trabajo y en la cantidad de multas que ha expedido a lo largo de toda su vida. Maldita zona azul.

ÉI

Ella

Hijos, yernos, nueras y nietos

Dos ancianos celebran sus bodas de oro acompañados por sus hijos, ya casados, y sus nietos. Después de tantos años de matrimonio, rememoran en compañía de su familia todos esos momentos que compartieron juntos.

Sus hijos les han regalado un álbum con fotografías. Podemos ver fotos de sus hijos cuando nacieron. Fotos de aquel viaje a Roma. Fotos de su boda. Fotos felices de una pareja feliz.

ÉI, con los ojos húmedos por la emoción, le entrega a ella un papelito amarillento que guardaba plegado en un bolsillo de su chaqueta. Una americana de pana marrón algo desgastada por el uso.

Ella, con los ojos húmedos por la emoción, desdobra el papelito amarillento, comprobando que se trata de un ticket muy antiguo.

Ella sabe que ese ticket significa algo, algo importante, pero ahora mismo no consigue recordar el qué. Lo lee despacio, deteniéndose unos instantes en la fecha, "30-09-2008". Han pasado algo más de 50 años, ¿cómo diablos alguien espera que ella se acuerde de lo que ocurrió aquel día, en aquella comida? ¿O fue una cena? Quién lo sabe. Los platos no le dicen nada y menos aún los precios de dichos platos.

Ella sonríe, confusa, y ÉI, emocionado, le besa en sus arrugados labios.

Ella le mira a Él y mira el ticket que tiene entre sus manos. Mira a su alrededor, a toda aquella gente que la mira con los ojos húmedos por la emoción. Y no puede recordar quienes son y qué hacen allí. Mira al hombre que tiene delante, ese hombre con una ridícula corbata de color azul eléctrico y no puede evitar sentir cierto desasosiego ante el hecho de que, hace un momento, ese mismo hombre la besara en los labios sin ni siquiera pedirle permiso.

Ella mira sus manos arrugadas y observa como el ticket se le resbala como arena entre sus dedos cayendo lentamente al suelo.

Un escritor.

Sobre la mesa de su escritorio, un ordenador portátil. El ordenador está encendido.

Página en blanco de un documento de Word. El escritor se sienta y mira la pantalla.

Va a escribir algo, se lo piensa mejor y se levanta. Va a la cocina y abre la nevera.

Busca algo. Cierra la nevera. En la puerta de la nevera hay una pizarrita y un rotulador con imán. Apunta: coca-cola. Vuelve al escritorio, se sienta y mira la página en blanco.

Una hoja, una hoja, una hoja, tan sólo una hoja. Una hoja al día. Es sencillo. Sólo una hoja. Pincha sobre el Explorador de internet y abre su correo electrónico. Ningún

mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Entra en Google y mecánicamente teclea su nombre y primer apellido. Resultado: 223.000 páginas. De todas ellas, apenas cuatro se refieren a él. Sólo cuatro. De 223.000. 222.996 páginas, el resto, hablan de otros que se llaman como él. Exactamente igual que él. Mismo nombre y apellido.

Abogados, cirujanos, músicos, actores, médicos, alicatadores, bailarines, políticos, comandantes de la Guardia Civil, capitanes de la Guardia Civil, tenientes de la Guardia Civil, sargentos de la Guardia Civil, teniente-coroneles de la Guardia Civil, notarios, librereros, traductores, futbolistas, arqueros, asesinos, yeseros, hijos predilectos de pueblos desconocidos, príncipes, antiguos alumnos, veteranos de guerra, abortistas, calles cortadas, pensionistas, arquitectos, socialistas, empresas de alimentación, directores de escena, desaparecidos, subnormales, decanos, premiados, parados, buscadores de tesoros, carniceros, el actual Seleccionador Nacional absoluto del Equipo de Judo de Malta, amantes, bloggers, pederastas, surfistas, visitantes médicos, chateadores que chatean en chats, cantautores, suicidas...

Todos con su mismo nombre y apellido. Todos iguales. Pero distintos. Vidas distintas, mismo nombre. No se conocen, sólo comparten el nombre. Y el primer apellido. Sale de Google y regresa a la página en blanco de Word. Una hoja, una hoja, una hoja, tan sólo una hoja. Se levanta y va a la cocina. Abre la nevera. Observa cada estante, cada compartimento. Detenidamente. Cierra la nevera. Apunta en la pizarra: Queso. Vuelve al escritorio, se sienta y mira la página en blanco. Una hoja al día. Es sencillo. Sólo una hoja. Pincha sobre el Explorador de internet y abre su correo electrónico. Ningún mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Entra en la carpeta Mis Videos y pincha en Maduras XXX. Busca las escenas que más le gustan. Con el ratón va saltando de una a otra. Adelante, atrás. Atrás, adelante. Se masturba. Con los pantalones a la altura de los tobillos y evitando derramar su esperma por todo el parque, llega al cuarto de baño. Se lava. Regresa a la cocina. Abre la nevera y saca una botella de agua. Bebe. Se atraganta y tose. Tose mucho. Hasta ponerse rojo. Hasta llorar. Se le cae la botella al suelo derramando toda el agua. Cierra la nevera. Coge un trapo de cocina y seca el suelo. Apunta en la pizarra: inútil. Abre la nevera. Busca algo. Cierra la nevera. Apunta: huevos. Vuelve al escritorio, se sienta y mira la página en blanco. El cursor aparece y desaparece, aparece y desaparece, aparece y desaparece. ¿Dónde irá a parar el cursor en el intervalo de tiempo en el que no aparece en la pantalla? Se irá a descansar o a la playa o a la... Pincha sobre el Explorador de internet y abre su correo electrónico. Ningún mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Abre la carpeta Elementos enviados. Comprueba que los últimos mensajes que escribió ayer han sido realmente enviados. A su amigo Carlos. A su amiga Elena. A su hermana. A su editorial. Vuelve a la página en blanco. Y se queda mirando al cursor. Así permanece unos minutos. Diecisiete para ser exactos. Una hoja al día. Es sencillo. Una hoja. Sólo una hoja. ¿Una hoja para qué? ¿Qué quiere contar? Su cabeza es una pura interrogación. La trama principal. Las sub-tramas. El protagonista. ¿Quién será el protagonista? Porque tiene que haber un protagonista, ¿no? ¿Por qué tiene que haber un protagonista? ¿Y la historia, dónde se desarrollará la historia? La historia, ¿qué

historia? Con sus diálogos. O algún monólogo... Acotaciones, sí pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué, qué, qué, QUÉ? Una hoja, una hoja, una hoja, tan sólo una hoja. Es sencillo. Abre su cuaderno. Él lo sabe. Sabe de qué hablar. Será por temas. Tiene miles de historias. En su cuaderno. En su cabeza. Cientos. Miles. Millones. Sólo tiene que elegir una pero, ¿CUÁL? Una. Historias de amor, de celos, de Dios, de amigos, de pareja, de autónomos, de risa, de abuelos, de muerte, de vacas enamoradas, de crímenes, de ranas con la boca estrecha, de anoréxicas, de condenados a muerte, de borrachos, de suicidas. Una. ¿Y por qué esa y no otra? O la otra. O la otra. O la otra. O la otra. O la otra. Se levanta de la silla y, al azar, coge un libro de la biblioteca. Abre una página, al azar, y lee una frase, al azar. La escribe. No le gusta. La borra. Tira el libro al suelo y escoge otro, al azar. Lo abre por la mitad y... tampoco. El azar le regala cientos de frases sorprendentes, detonantes, estimulantes incluso, algunas ridículas, pero todas ellas inservibles. Quizás en algún periódico... Artículos de opinión, reportajes de investigación, breves, notas de sociedad. Nada. Vuelve a la página en blanco. La página en blanco de un documento Word. Va a escribir algo, se lo piensa mejor y se levanta. Regresa a la cocina. Abre la nevera. Busca algo. Cierra de un portazo. Apunta en la pizarra: cianuro. Vuelve al escritorio, se sienta y mira la página en blanco. Pincha sobre el Explorador de internet y abre su correo electrónico. Ningún mensaje nuevo en la bandeja de entrada. Entra en la carpeta Mis Videos y pincha en Insaciable XXX. Se masturba. Llamen a la puerta. Se pone un batín y sale a abrir. Vuelven a llamar. Se detiene justo delante de la puerta. Vuelven a llamar. No abre. Se mira la mano. Entra en la cocina y se limpia con un trapo. Abre la puerta. No hay nadie. Regresa a la cocina. Enciende el calentador. Se da una ducha caliente. Se viste. Vaqueros y camisa blanca. Vuelve al escritorio, se sienta y mira la página en blanco. Así permanece unos minutos. Diecisiete para ser exactos. Introduce su mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Un pantalón de pana marrón algo desgastado por el uso. En él encuentra un papel. Es un ticket. Lo lee. Sin mirar a la pantalla transcribe el ticket de manera literal. Palabra por palabra, letra a letra. Termina de

escribir y lo vuelve a leer. Palabra por palabra, letra a letra. Una hoja al día. Es sencillo. Sólo una hoja. Ya está. Arriba, en el margen superior izquierdo, con letra Albertus Médium 20, escribe con mayúsculas: EL TICKET.

Satisfecho, guarda cambios, apaga el ordenador y sale precipitadamente.

Oscuro.